

Desde el concepto de sujeto aclaran otros cinco conceptos claves: alumno, maestro, aula, currículo y relación pedagógica. El seminario alcanzó a plantearse cuatro preguntas principales:

1. ¿Qué es el maestro?
2. ¿De dónde y cómo obtiene el maestro su autoridad?
3. ¿Cuáles son las operaciones propias del maestro?
4. ¿Cómo es y cómo debe ser la relación pedagógica?

Dentro de las múltiples respuestas, destaco dos ideas que resaltan entre otras: el concepto de maestro y el de relación pedagógica.

El maestro es un sujeto colectivo que interactúa sistemáticamente con las nuevas generaciones, representante de la cultura vigente y modelo de identificación de sus alumnos. En su interacción con él, el alumno va modelándose en un proceso continuo que empieza con la socialización-inviduación y termina con la identificación

de sí mismo como sujeto autónomo.

La relación pedagógica por su parte es una de las múltiples interacciones significativas que en su conjunto conforman las relaciones personales. La relación pedagógica se diferencia de las otras interacciones en que es deliberada, tiene en un polo a un sujeto adulto que es colectivo y en el otro a un sujeto inmaduro que aspira a su inserción autónoma en la sociedad de manera armónica.

ENSAYOS

LAS HUELLAS ANCESTRALES

Alfredo Cardona Tobón

Ensayista.

Profesor Fac. Ingeniería Mecánica

A orillas del río Mápura gigantescas huellas humanas, estampadas en las rocas, exaltan la imaginación de los vecinos que se santiguan al pasar por su lado. «Son señales del diablo», dicen unos, otros creen que son testimonio del Dios de los indígenas que derrotado y triste se alejó en días remotos del territorio quinchieño.

Como esas huellas de Mápura desdibujadas por los siglos, han ido desapareciendo los recuerdos ancestrales. Por

desidia, por falta de identidad, por la penetración foránea o por desconocer su importancia se está esfumando nuestro pasado, las gestas de los antiguos y el espíritu que en su hora animó a quienes nos precedieron.

Una región con historia

El maestro Rafael Maya afirmó que el Viejo Caldas era una región sin historia, queriendo, quizás, resaltar la vitalidad arrolladora de un tiempo cercano.

Silvio Villegas y los magos grecoquimbayas de la palabra, interpretaron sentimien-

tos ajenos olvidando el trino del turpial en cafetales y montañas.

El colono antioqueño creyó que su planta estaba violando la virginidad cordillerana y, despreciando al habitante cobrizo de los Resguardos indígenas arrasó sus santuarios, hizo añicos las piedras legendarias y cambió los nombres melodiosos de los ríos y los cerros por los términos de un santoral simple e intruso.

En la plaza de Bolívar de Manizales vemos unos murales que conmemoran la independencia de Colombia.

Los rostros y vestidos de los personajes podrían ser mejicanos o de gentes de cualquier parte del continente. No evocan lo granadino y menos lo regional, cuando hubiera sido la mejor ocasión para enaltecer la memoria del capitán Andrés Trejos, sacrificado por la libertad de Guachí o la de los centenares de voluntarios patriotas del Alto Occidente caldense que en la época de la Independencia dejaron sus huesos en Pichincha o Ayacucho por una Patria que les enseñó a amar el presbítero Bonifacio Bonafont.

Cada ronda de nuestro devenir histórico ha tenido velos espesos sobre el pasado. El español hizo avergonzar al indígena de sus valores y lo recluyó en las nefandas doctrinas para borrar su lengua, sus dioses y su dignidad.

Los caudillos caucanos aprovecharon la mesnada nativa en sus juegos de guerra, la rociaron de anticlericalismo radical o de fanatismo religioso para estrellarla contra el resto del país en su afán de conquista.

Después llegó la colonización paisa o la invasión maicera, como la consideran algunos, y esos indios y mestizos de

estos territorios, atropellados en todos los siglos, debieron ceder sus tierras, su trabajo y sus mujeres a los nuevos amos.

En ese trayecto espinoso se han forjado nuestras comunidades, sin historia según Maya y sin recuerdos ni gestas para los gilgueros greco-quimbayas.

Indígenas y esclavos negros, encomenderos segundones y capitanes sanguinarios, mestizos mineros, empresarios del Cauca y Antioquia y colonos de varias latitudes han forjado el presente regional y su herencia valiosa o infima está señalando un futuro.

Es conveniente, pues, reparar esas huellas ancestrales para cursar nuestro destino.

La presencia indígena

«Yo querer ser paisa» -dijo Cándido Uchima. Se terció un carriel, cambió su apellido por Mejía, dejó atrás el tambor, no pronunció más una palabra catía y tomó el empleo de jornalero en una finca de Belén de Umbría.

El proceso de quinientos años de aculturización ha desdibujado las huellas nativas en el Viejo Caldas. Tal proceso ha hecho sentir al indígena despreciable e inferior. Los mismos nativos llaman a su lenguaje «negativo» y apenas lo modulan en la intimidad de sus hogares, a los de cultura colombiana los denominan «rationales» y hasta hace unas décadas los catíos creían que los «blancos» tenían el privilegio de ir al cielo a conversar con los santos y regresar a la tierra cuando quisieran.

Pocos indígenas sobrevivieron por estos lares tras quinientos años de iniquidades. En el oriente caldense marquetones y palenques desaparecieron víctimas de la codicia y de las armas españolas.

En la zona central los quimbayas perecieron en minas y en caminos abrumados por las enfermedades de ultramar y por el trabajo mitayo.

Los pijaos fueron aniquilados por Bocanegra y sus secuaces, quienes como Gómez Fernández y otros facinerosos dedicaron su vida al asesinato de indios.

Los chocoes, tras doscientos años de lucha sin cuartel, fueron arrinconados en la selva inhóspita.

Solamente las tribus de la familia Anserma ubicadas en el occidente del Departamento, sobrevivieron a la dominación española para sufrir el rigor de la invasión antioqueña.

En 1875 los terrenos del resguardo de Cañamomo en los distritos de Supía y Marmato fueron cedidos a los empresarios mineros. Por esa misma época el resguardo de Tabuyó quedó en manos de Pedro Orozco; el de Tachiguí fue ocupado por los norteños que violentamente se adueñaron del resguardo de Guática e invadieron la parte alta de la montaña.

Los indígenas ansermas convertidos en peones van desapareciendo en el crisol del mestizaje. Nada quedó del



lenguaje de turzagas y pirsas, de guaqueramás y zopias. De sus creencias queda el recuerdo vago de Xixaraca, Dios supremo que estampó sus huellas en las rocas de Mápura, y el de Michua, la diosa del valor y de la guerra que convertía los ríos en sangre y destrozaba con rayos a los enemigos de su pueblo. Empujados por los colonos antioqueños los catíos de ese departamento se movilizaron a mediados del siglo XVIII hacia el sur. Poco a poco se integraron a las comunidades indígenas de San Lorenzo, de la Escopetera y de Quinchía y les legaron su lengua y sus costumbres. Algunos inmigrantes fueron notables en el resguardo de Tabuyó y en el de Tachigú y participaron en la fundación de Apía, Santuario y Belén.

En los directorios telefónicos de nuestras ciudades se encuentran pocos apellidos de origen americano. Vemos apellidos como Aricapa, Tapasco, Utima, Batero, Domicó o Arizaba. A decir verdad este grupo étnico no tiene representación importante en la vida social, económica o política del llamado Eje Cafetero. Sus mayores exponentes han sido los Becerra del resguardo de Cañamomo, notables abogados y hombres de letras que jamás renegaron de su origen y no escatimaron esfuerzo para apoyar a su pueblo.

La presencia negra

Los negros llegaron con los

españoles. En la expedición del licenciado Padillo venía un destacamento de flecheros africanos y las tropas de Belalcázar fueron reforzadas por soldados negros.

Los europeos utilizaron la cuña negra para someter a los indios. Los esclavos se convirtieron en capataces de las minas y en administradores de las haciendas mitayas. La mulatas se distinguieron como nodrizas o niñeras y los negros al servicio de clérigos y funcionarios fueron látigos y gendarmes oficiosos.

Por eso los indios odiaron a los negros y mucho más que a los blancos. Los chocoes los atacaron sin misericordia y organizaron entradas exclusivamente para aniquillarlos.

A fines del siglo XVIII de Cartago se levantaron contra sus amos y establecieron palenques en Sopinga y por las laderas del Ruíz contando con el apoyo indígena. Por vez primera estas dos razas, aún antagónicas, se acercaron motivadas quizás por un enemigo común que los aplastaba y explotaba con trabajos inhumanos.

Los Castros y Arboledas volvieron a repoblar las minas de la región con esclavos traídos del Chocó. De nuevo los africanos trajeron la magia de sus tambores y el misterio de sus bebedizos.

A orillas del río Magdalena, en la desembocadura de La Miel, surgió en la colonia un caseño moreno que parecía transplantado de Senegal o Costa de Marfil. Vegetó por lustros hasta perderse en el olvido. ¿A dónde fueron sus habitan-

tes? -Tal vez se envolataron en los plantíos de tabaco de Ambalema o los arrastró la vorágine de las guerras civiles.

La corriente antioqueña trajo mulatos de Otrabanda y negros de Girardota y Copacabana para anclarlos en las vegas donde cultivaron caña y destilaron aguardiente. Se esparcieron por las tierras calientes con sus gallos de pelea, sus machetes sacachispas y su inagotable capacidad de disfrutar la vida.

Las ochavonas y cuarteronas de las fondas camineras agregaron pimienta a la descendencia cachetona de los monos desteñidos de Marinilla y Rionegro y les hicieron trotar el corazón al lado de la recua mulera al terminar la jornada.

Guamal fue la primera aldea negra del Eje Cafetero. Allí se asentaron los esclavos de los Castros y veneraron piadosamente a la Madre Santa Ana. Aún subsiste la aldea con recuerdos y costumbres y un archivo que guardan celosamente. Con la carretera al Pacífico creció la inmigración negra y el corregimiento de Santa Cecilia, en Pueblo Rico, se convirtió en el mayor asentamiento negro en la región.



Desde Santa Cecilia parten las familias negras hacia Pereira o la Virginia, puerto donde el ingenio de Risaralda ocupa descendientes de africanos oriundos de Puerto Tejada y Andalucía, Valle.

Ha sido notable la contribución negra en la música y la danza en el contexto nacional, pero en nuestro medio su influencia, aun en la parte folclórica, ha sido exigua. Fuera del aspecto étnico, el negro ha significado poco en el devenir de nuestras comunidades, que hasta ahora lo han asimilado sin la discriminación aberrante que han utilizado con el nativo indígena.

La presencia blanca

Ansermaviejo, Cartago y Arma fueron las villas donde se instalaron los encomenderos españoles. Estos fueron generalmente europeos sin títulos, aventureros que medraron en minas poco productivas en unión de indígenas o mestizas.

La población blanca jamás fue importante en estas tierras, tampoco la erudición ni la cultura trasplantada de España. El fenotipo se aclaró rápidamente por esa prima-

cia de los genes conquistadores sobre los aborígenes.

Después de la independencia hubo una corriente sajona que reforzó la endeble presencia blanca en la zona caucana que luego constituyó el Viejo Caldas. A Marmato y Riosucio llegaron Gartner, Nicholls, Ritchaman, Bayer, Easman, Tyrell, Bishop... que regaron espermatozoides con generosidad y sin miramientos. Estos fueron los blancos que dominaron la zona caucana y cambiaron definitivamente sus destinos al introducir las ciencias y las artes, la tecnología y la civilización moderna.

En la concesión Aranzazu la rama sonsonense, de raíces blancas, crecía entre tanto una comunidad clerical y conservadora liderada por Arangos y Gutiérrez, mientras la rama mestiza, proveniente de suroeste se extendía por la banda izquierda del río Cauca.

La cultura regional

Esta cultura marcada por el machismo, en logro personal y un deseo permanente de superación ha conservado los valores ancestrales que parece olvidaron los antioqueños.

Aun creemos en el trabajo honrado, en el valor de la persona como ser humano.

En nuestras zonas indígenas aún existe el esfuerzo comunitario y el respeto a los mayores.

Sin embargo vientos dañinos del norte y del sur amenazan la región sacudida muchas veces por el flagelo de la vio-

lencia política y hoy por las arremetidas del narcotráfico que domina, así no se exprese, algunos de nuestros municipios.

La cultura cafetera, esa forma especial de vida que exige austeridad, voluntad y esfuerzo tesonero también está amenazada de muerte, por los bajos precios del mercado, por una parte, pero más que todo por la plaga de la broca, que parece incontenible y que podría cambiar totalmente esta civilización.

La comunidad étnica del Eje Cafetero con sus grandes virtudes y enormes defectos debe volver sobre las huellas ancestrales para descubrirse y prospectar su futuro.

Cuando interpretemos el pasado y sepamos lo que somos podremos empezar a recorrer de nuevo el camino que un día trazaron quienes ataron la geografía con cables aéreos, colgaron ferrocarriles en los precipicios, construyeron aldeas y ciudades sobre peñas y barrancos y transformaron el monte inculto en hermosos campos productivos.

Quizás a la Universidad le corresponda, además de la instrucción y la ciencia, ayudar a buscar esos caminos. Es la hora, cuando parece que escasean los paladines, de que empuñe las antiguas banderas que hicieron del Viejo Caldas la región modelo de la Patria colombiana.

